

GRAMÁTICOS GRECOLATINOS EN *DEL ORIGEN Y PRINCIPIO DE LA LENGUA CASTELLANA**

María José Martínez Benavides y Francisca del Mar Plaza Picón
Universidad de La Laguna

RESUMEN

Bernardo Aldrete defiende en su *Del origen y principio de la lengua castellana* su teoría de que el castellano proviene del latín, hecho que se manifiesta en diferentes aspectos como el vocabulario o la gramática. El objetivo de este trabajo es estudiar cuáles son los gramáticos grecolatinos que cita como autoridad para apoyar sus teorías.

PALABRAS CLAVE: Lingüística, gramática grecolatina.

ABSTRACT

Bernardo Aldrete defends in his *Del origen y principio de la lengua castellana* the theory that the Castilian language comes from Latin, a fact that is manifest in different features of both its vocabulary and its grammar. The aim of this paper is to provide an analysis of the Greco-Latin grammarians that Aldrete uses as authoritative evidence in support of his theory.

KEY WORDS: Linguistic, Greek and Latin grammar.

1. *DEL ORIGEN Y PRINCIPIO DE LA LENGUA CASTELLANA*

Bernardo Aldrete publica su *Origen y principio de la lengua castellana* en el año 1606 con un claro propósito: demostrar que el castellano deriva directamente del latín. El método para lograrlo lo expone él mismo al afirmar en el primer capítulo: «precisa necesidad es referir a la letra fidelísimamente los testimonios, que han de ser los que testifiquen y digan lo que se trata por las mismas palabras que se hallan en sus autores, y no los declararé todos [...] por no alargarme y suponer que todos los que se dignaren de leer este tratado los entenderían» (Aldrete, 1993: 5-6). Este será el objeto de nuestro trabajo: estudiar cuáles son los autores, y más en concreto, cuáles son los gramáticos grecolatinos que cita como autoridad para apoyar sus propias teorías.

1.1. *LIBRO I*

La idea principal que pretende desarrollar y demostrar en este primer libro es, como ya hemos mencionado, el origen latino de la lengua castellana de la cual

tomó su nombre. La explicación de este hecho que, según Aldrete, resulta más satisfactoria es que en España durante muchos años la lengua latina fue vulgar. Así pues, tras una introducción de naturaleza histórica donde desarrolla la presencia de los romanos en España, se centra en la cuestión de la lengua, insistiendo en la idea de que la lengua latina, considerada culta en su época, fue la lengua vulgar en Roma y para ello trae a colación la autoridad de Quintiliano (*Inst. or. 1, 2*)¹ «*A sermone Graeco puerum incipere malo, quia Latinus qui pluribus in usu est, vel nobis nolentibus se perhibet*», o la de Aulo Gelio (II, 26), para quien la lengua latina era más pobre que la griega en cuanto a los colores o, por último, la de Macrobio (II, 2)², quien menciona unos opúsculos traducidos al latín, lengua más sintética que la griega. En los tres autores citados, lo que destaca Aldrete es que se refieran al latín como «nuestro», de lo que colige que se hace referencia a la lengua vulgar. Establece una distinción clara entre la lengua vulgar que se aprende desde niño y de manera natural, como defiende Quintiliano (*Inst. or. 1, 2*)³, y la que se enseña en las escuelas por parte de los gramáticos, que es la misma lengua que ya sabían, pero hablada con propiedad y elegancia. La función de los gramáticos, así como el contenido de la ciencia gramatical merecen un inciso en el cual cita no sólo a Quintiliano (*Inst. or. 1, 6*), sino a Cicerón (*De orat. 1*) quien afirma acerca de la misión del gramático «*in grammaticis poetarum pertractatio, historiarum cognitio, verborum interpretatio, pronuntiandi quidam sonus*» y a Suetonio (*De gramm. 2*), a propósito de Crates de Malos, el primer gramático.

En el proceso de análisis de Bernardo Aldrete, el siguiente paso es demostrar que la lengua originaria del Lacio se fue extendiendo como lengua del Imperio y, en consecuencia, se fueron perdiendo principalmente en las provincias las lenguas autóctonas en favor del latín. Teoría que refuerza con las citas de Festo y Quintiliano (*Inst. or. 1, 5*). Este proceso expansivo del latín se produjo en relativamente poco tiempo, pues nos dice que en época de Plutarco la lengua latina había suplantado a la griega, ya que se aprendía con facilidad «como de casa propia» (Aldrete, 1993: 59).

En España la lengua latina también fue vulgar, llegando a imponerse sobre las que se hablaban en la zona, si bien la pronunciación del latín en las provincias difería bastante de la capitalina, como corrobora con el texto citado de Macrobio (*Satur. 1, 1*) «*...ut aequi bonique consulant, si in nostro sermone nativa Romani oris elegantia desideretur*». El uso del latín en España, afirma Aldrete, está atestiguado ya en época de M. Varrón, quien, con relación al vocabulario de las partes de una casa, asegura que éste ya era usado en Córdoba⁴. Otra prueba aportada por nuestro autor

* Este trabajo se integra en el marco del Proyecto de Investigación PI042005/103.

¹ El pasaje de Quintiliano reproducido en el *De origen* se encuentra en el capítulo 1.

² El texto que Aldrete cita atribuyéndolo a Macrobio está un poco modificado en el sentido de que se trata de unas palabras que recoge Macrobio de Símmaco acerca de unos «*versiculos Platonis*».

³ La cita de Quintiliano es un extracto de varios apartados del capítulo 1 del libro primero. En este resumen nuestro autor ha introducido una aclaración entre paréntesis «*nempe futurus orator*» que no aparece en las ediciones consultadas.

⁴ B. Aldrete nos da una cita latina de Varrón, donde se mencionan diversos aposentos: «*...ubi cubabant cubiculum, ubi coenabant coenaculum...Cordubae dicuntur*», pero no da la referencia exacta de la misma, que se encuentra en el lib v.

en apoyo de su teoría de que la lengua latina era vulgar es el hecho de que fuera hablada por los campesinos, hasta el punto de que el latín se convirtió en su lengua natural, y así en latín cantaban, en latín jugaban, como menciona Macrobio (*Satur.* I, 3), y en latín hablaban, pero cometiendo errores de diferente condición: fonéticos, intercambiando letras, y cita a M. Varrón (*De re rust.* I, 2), añadiendo una vocal, y es de nuevo Varrón la fuente: «*et quod illic fedus in Latio rure haedus, quod in urbe ut in multis, a, addito haedus*»⁵, o, por último, reduciendo el diptongo 'au' en 'o', y nos menciona la autoridad de Pompeyo Festo (*De signif. verb.* II, 13): «*Orata genus piscis appellatur a colore auri, quod rustici orum dicebant, ut auriculas oriculas*»; de vocabulario como en el caso del *euro* (viento del sudeste) al que los agricultores denominan *vulturno*. Esta información la toma de Columela (*De re rust.* V, 5)⁶ y añade, siguiendo a Aulo Gelio (II, 22), que 'vulturno' es un término latino bien conocido, aunque lo usaban incorrectamente al aplicarlo al *euro*. Aldrete no ofrece este texto al que remite que, en efecto, corresponde con lo que afirma: «*tertius ventus, qui ab oriente hiberno spirat «vulturnum» Romani vocant, eum plerique Graeci mixto nomine, quod inter notum et eurum sit, euronoton appellant*». Es de nuevo Columela (*De re rust.* II, 4) quien le sirve para ilustrar con nuevos ejemplos el habla de la gente del campo: «*Sed quandocumque arabitur, nec lutosus ager tractetur, neve exiguis nimbis semi madidus, quam terram rustici variam, cariosamque appellant [...] Liras autem rustici vocant easdem porcas*». Concluye este apartado confirmando su teoría de que los vocablos utilizados antaño por los labradores eran de origen latino, el mismo origen que poseen los términos utilizados después, pues el latín era la lengua hablada por el pueblo, aunque con muchas faltas.

1.2. LIBRO II

Comienza este libro afirmando que la condición de lengua común a todo el Imperio Romano, hizo que el latín fuera recibiendo vocablos procedentes de las diferentes provincias hasta el punto de que nacieron las lenguas romances. Ejemplifica esta situación recopilando palabras romances ofrecidas por Isidoro, testigo, dice, de una época en la que el latín estaba muy corrompido. Entre los ejemplos citados podemos mencionar el nombre del 'gato' para el que Isidoro (*Etym.* XII, 2) ofrece la siguiente explicación: «*Musio appellatus, quod muribus infestus sit. Hunc vulgus catum a captura vocant, alii dicunt, quod captat, id est videt*» y añade Aldrete «otros leen

⁵ No nos dice la fuente de donde toma la cita, pero se trata del *De ling. lat.* V, 19. Existe un error importante en el texto que nos da Aldrete frente a las ediciones consultadas. El texto ofrecido es «...*fedus in Latio rure haedus*» frente a la lectura «...*fedus in Latio rure hedus*» que sí permite advertir el cambio fonético expuesto a continuación: la adición de una «a». Sobre la dimensión social de estos cambios *vid.* BRIAN D. JOSEPH & REX E. WALLACE (1992: 105-119).

⁶ Esta cita de Columela «*quaedam partes eius regionis sic infestantur euro, quem incolae vulturnum appellant, ut nisi tegminibus vites opacentur, velut halitu flammeo fructus uratur*» se encuentra en el libro V como en efecto dice Aldrete, pero en el capítulo 68.



captum» (Aldrete, 1993: 157); o el curioso origen del término ‘cierzo’ (*circius*) que según Isidoro (*Etym.* XIII, 11) corresponde a «*hunc Hispani Galecum vocant*»⁷, si bien coteja esta opinión con la de A. Gelio (II, 22), quien nos da el término ‘cercio’, siguiendo las palabras de Varrón que uno y otro reproducen literalmente. Finaliza su comentario a este vocablo con la opinión de Favorino, quien asegura que los galos le llamaban ‘cercio’ «*a turbina eius, opinor, ac vertigine*» y, si bien no ofrece la referencia, se trata de una cita indirecta referida por Aulo Gelio (II, 22).

El progresivo avance del latín hizo que se perdieran las lenguas autóctonas, pero se han conservado algunos nombres, pocos, que el uso admitió como latinos. Aldrete aporta algunos ejemplos, como *cetra*: escudo con adarga que era de cuero y nos remite a Servio (*Aen.* VII) «*Laeva cetra tegit*», la misma cita de Virgilio a propósito de este escudo nos ofrece Isidoro en sus *Etimologías* (XVIII, 12); *lancea*: lanza cuyo origen español recoge de Varrón en Aulo Gelio (XV, 30), pero también se hace eco de la teoría propuesta por Festo, quien le da un origen griego «*Lancea a Graeco dicta, quam illi λόγχην vocant*», aunque no nos da la referencia de donde ha tomado la cita, se trata del libro X (s.v.) de su *De significatione verborum*.

Junto a los vocablos y a la gramática también considera de importancia «los modos de decir» que, siguiendo a Quintiliano (*Inst. or.* I, 5), identifica con dialectos, que no suponen modificación de la lengua, ya que no constituyen su esencia, sino que se deben a variaciones tanto geográficas como históricas. Son los dialectos los que permiten, defiende Aldrete, reconocer a los extranjeros y su origen, como demuestra la anécdota entre Teofrasto y la anciana ateniense transmitida por Cicerón y Quintiliano (*Inst. or.*, VIII, 1), pero también establecer la autoría de algunas obras de dudosa atribución.

La procedencia latina de la lengua romance española supone que comparten muchas construcciones y estilos de lenguaje, así como vocabulario, puesto que han quedado en castellano muchos términos latinos. Ocurre que, a veces, es difícil apreciar este origen al desconocer la palabra latina de la que deriva y de este modo, muchas palabras que se consideran bárbaras en realidad vienen del latín. Recoge numerosos ejemplos, casi todos extraídos de Isidoro por ser, como él mismo dice, el que más ha tratado de estas cuestiones. No obstante, completa la información etimológica con otras fuentes. Así, por ejemplo *bronco*, del que Nonio Marcelo dice «*bronci sunt producto ore, & dentibus prominentibus. Lucil. Saty. Lib. 3 Broncus novit lanio*»⁸ y sobre el que apostilla Aldrete «entonces era feo, ahora es duro, pesado e intratable» (Aldrete, 1993: 199); *focatus panis*, *hogaza*, remitiéndonos a Isidoro (*Etym.* XX, 2), pasaje en que se describe este tipo de pan «*Subcinericius, cinere coctus et reversatus: ipse est et focacius*» o *scobina* definida por Varrón (*De ling. lat.* VI)⁹ como «*Scobinum a scobe: lima enim materiae fabrilis est*», por Nonio Marcelo como «*descobinatis sauciis et abrais et desectis*» e incluso por Isidoro (*Etym.* XIX, 19), quien

⁷ Las ediciones consultadas ofrecen la lectura *Gallicum*.

⁸ No nos da la referencia de dónde ha tomado el texto citado, pero corresponde al cap. 1, 102. La cita de Nonio Marcelo no está completa, pues continúa «*dente averso aemulo, hic est rhinoceros*».

⁹ Esta definición se encuentra en el libro VII, 3, según las ediciones consultadas. Presenta la lectura *scobinam* frente al *scobinum* que reproduce el lingüista cordobés.

asegura que «*Scofina dicta, quod haerendo scofen faciat*». Sin embargo, en las ediciones consultadas aparece «*Scobina y scobem*».

En otros casos la palabra tiene un significado diferente de la original y en este sentido, siguiendo a Varrón (*De ling. lat.* IV)¹⁰, pone el ejemplo de *hostis*, que significó ‘extranjero’ y después ‘enemigo’; ahora ‘hueste’.

A veces sucede que al derivar el vocablo se ha producido una modificación de las letras y para encontrar el término original recomienda seguir los consejos de Varrón (*De ling. lat.* VI) y añadir o quitar letras para que con más facilidad puedan alcanzar lo que en la dicción está escondido. Así pues, dedica gran parte de este libro segundo a explicar los diferentes cambios fonéticos que pueden afectar a las palabras derivadas y a ilustrarlos con numerosos ejemplos. Entre los cambios que sufren las vocales menciona, tomando como referencia a Festo, el cierre en ‘o’ del diptongo ‘au’, el cambio de ‘e’ en ‘i’, que ya sucedía entre los latinos y que ocurre también en romance, pero además, a partir de la siguiente cita de Quintiliano (*Inst. or.* I, 4) «*in «here» neque e plane neque i auditur*», concluye que si estas dos letras suenan igual es normal que en romance convirtieran la ‘e’ en ‘ie’ como *cervus*>ciervo o *mel*>miel; el cambio de ‘i’ en ‘e’: *lignum*>leño, *pilum*>pelo; el de ‘u’ en ‘o’, que es explicado por Aldrete debido a la semejanza en la pronunciación de ambas vocales, y que es confirmado con una cita de Quintiliano (*Inst. or.* I, 4) y otra de Festo, y así de *currere*>correr y de *musca*>mosca; y el cambio de la ‘o’ en ‘ue’, de donde *bonus*>bueno.

Las consonantes también se ven afectadas por diversos cambios que, al igual que hizo en el caso de las vocales, enumera e ilustra con profusión de ejemplos. Cambian la ‘b’ a ‘v’, la ‘p’ a ‘b’ pues, como dice Quintiliano (*Inst. or.* I, 7), «*cum dico obtinuit, secundam enim b, literam ratio poscit, aures magis audiunt p*», son letras que se parecen mucho por lo que se cambiaron en la escritura y en la pronunciación. Así de *apricus*>abrigo, *capra*>cabra; inclusión de ‘br’, por ejemplo de *fames*>hambre; pérdida de ‘b’, de *palumbes*>palomas; cambio de ‘c’ a ‘g’, de ‘f’ a ‘h’, transformación de ‘l’ en ‘ll’, pérdida de ‘n’, de donde encontramos *anima*>alma; la ‘q’ hace el oficio de la ‘c’ y, como aseguran Terenciano Mauro e Isidoro (*Etym.* I, 27), se confunden hasta el punto de cambiar a ‘q’ en los vocablos romances: de *vacca* se dice vaquero, de *duce*>duque, etc. Finaliza esta enumeración de cambios fonéticos exponiendo el origen griego de la ‘y’ y de la ‘z’ y para ello acude a un texto de Isidoro (*Etym.* I, 4): «*a Graecis duas literas mutuavit latinitas y & z, propter nomina scilicet Graeca & hae apud Romanos usque ad Augusti tempus non scribebantur: sed pro z duo ss ponebant, ut hilarissat, pro y vero i scribebant*».

El libro segundo, demostrada la procedencia latina de la lengua romance en lo que a vocabulario se refiere, termina con la comparación de la gramática española, italiana y latina. Declina algunas palabras, conjuga algunos verbos en las tres lenguas y concluye que los casos se distinguen en italiano y español mediante el uso

¹⁰ Los pasajes de Varrón citados por Aldrete, según las ediciones consultadas, no se encuentran en el libro que dice, así en este caso este texto pertenece al libro V, 1.



del artículo. En consecuencia, afirma Aldrete «que no es particular la gramática castellana sino una con la italiana y nacida cuando ella y como ella de una misma madre la lengua latina» (Aldrete, 1993: 258).

1.3. LIBRO III

Habiendo ya tratado de los términos latinos incluidos en el castellano, estudia ahora aquellos que proceden de la lengua griega. Entre éstos establece una clara distinción: los que han sido recibidos a través del latín por haber sido con anterioridad adaptados a esa lengua, y los que se incluyeron directamente de «los griegos que poblaron en España por la comunicación que con ellos tuvieron» (Aldrete, 1993: 262). Dentro del primer grupo recoge, siguiendo a Varrón (*De ling. lat.* IV), el término 'liebre' que a través del latino *lepore* atribuye a un origen griego. Al segundo, pertenecen una serie de vocablos que él lista y que considera que derivan directamente del griego. Hemos de destacar que, junto al término griego original, añade el significado latino y la palabra castellana. Estos ejemplos no van acompañados de ninguna explicación de naturaleza etimológica, fonética o gramatical que ayude a entender las, en ocasiones, no del todo correctas evoluciones de unos términos a otros. Así por ejemplo de παῖς, *puer* a παῖδε, *page*; de γάνος, *gana*; de βριαρός, *fortis*, brioso; de τραγεῖν, *glutire*, tragar; pero también de ἐρέβινθος, *cicer*, garbanzo; de θαλλός, *surculus* (y no *thallus* que sería la palabra latina derivada de la griega que cita), tallo. El único vocablo que es explicado y comentado etimológicamente del listado que nos ofrece es μαντύη, del que ofrece la siguiente definición: «*toga, sagulum tota transparens Pollux. Inde manto* S. Isidro le de derivación latina, pero conforme a Pollux es como el manto que usan las mujeres» (Aldrete, 1993: 271). Hay que señalar a propósito de esta serie de términos castellanos con un origen griego, según Aldrete, que la explicación etimológica que ofrece es, en la mayoría de los casos, cuanto menos errónea. Así por ejemplo del θαλλός griego en efecto proviene el *tallo* castellano, pero cabe preguntarse el porqué de ofrecer como significado latino *surculus* ('retoño, brote') y no *thallus*, que es la trascripción latina de la palabra griega. Otros casos resultan aún más llamativos, como el ejemplo de *page* 'paje' cuyo origen es claramente francés, o la procedencia del castellano *gana* que comparte con γάνος (brillo), únicamente la semejanza en cuanto a la pronunciación. Más complicada es la etimología ofrecida por nuestro autor para la palabra castellana *manto* que no es otra que μαντύη, término que no está constatado en griego antiguo.

Esta aportación etimológica de Aldrete a la lengua castellana coincide exactamente, no sólo en las palabras griegas establecidas como originarias de las castellanas, sino también incluso en los términos latinos ofrecidos a modo de definición de las mismas, con las explicaciones de estos vocablos castellanos en el *Tesoro de la lengua castellana* que Sebastián de Covarrubias publica en 1611. Es indudable, como ha puesto de manifiesto entre otros Lope Blanch (1980: 469), que «Covarrubias había sin duda alguna manejado el tratado *Del origen y principio de la lengua castellana* (Roma, 1606) de Bernardo de Aldrete». Es en la entrada para el vocablo *man-*

to cuando se aclara el ejemplo de Aldrete, ya que se nos dice que proviene del mismo *μαντύη*, pero al lado nos anota *mantye* o *mandye*. En efecto, tanto Aldrete, como Covarrubias, como su fuente común para la explicación de este término, pronuncian el griego no al modo erasmiano o reconstruido, sino al moderno o 'nacional' (Tovar: 1990), según el cual el grupo *ντ* se pronuncia como *νδ*. El término griego al que se alude es *μανδύη*, cuyo significado sí es 'capa' o 'manto de lana' y que es recogido por Pólux (VII, 60). Este autor, mencionado ya por Aldrete, constituye junto con Isidoro (en concreto *Etym.* XIX, 24) la fuente que apoya su explicación etimológica.

Los diversos nombres con que antiguamente se llamaba a España es otra cuestión que estudia en el libro III de su obra. En este sentido, expone una primera denominación 'Panía' a partir del dios Dionisio, a la que con posterioridad se le añadió una 'S', no considerada por los griegos como una verdadera letra, sino como un silbido, idea que toma de Marciano Capella (*De semiv.* III) dando como resultado 'Spania'. Esta denominación alterna con la variante 'Ispania' tal y como demuestra con Ateneo, autor que escribe tanto una como otra, del que Aldrete cita literalmente un pasaje del libro XIV: *ἐν Σπανία πρὸς τῇ Ἀκυτανίᾳ πόλιν Πομπέλων*. Finaliza esta cuestión explicando la presencia de la 'I' en 'Ispania' como un mecanismo para solucionar «la dificultad que hay en comenzar la dicción por s» (Aldrete, 1993: 278). El origen del nombre 'Hispania' recibe dos explicaciones: la primera a partir de la forma 'Ispania' a la que posteriormente se le añadió una aspiración, teoría avalada por Isidoro (*Etym.* XII, 2), quien constata este proceso con el siguiente ejemplo: *Histris*, término que deriva de *stridor*; la segunda explicación, basada también en Isidoro, encuentra el origen del término en 'Hispaló', y así recoge el siguiente pasaje «*postea ab Hispaló, Hispani, cognominati sunt*» que se encuentra como bien afirma Aldrete en sus *Etimologías* (IX, 2). Y concluye con un «a quien no agradare la primera podrá escoger la segunda» (Aldrete, 1993: 278).

2. CONCLUSIONES

Aldrete se sirve de la autoridad de los gramáticos más respetados de su época como son Quintiliano en cuestiones teóricas generales y en campos más específicos como el fonético, o Isidoro para las etimologías. Otros gramáticos como Varrón, Pompeyo Festo o Servio también son utilizados como fuentes secundarias para ejemplificar cambios fonéticos o significados de vocablos. Existen además, otros autores que no siendo gramáticos propiamente dichos, caso de Aulo Gelio o Macrobio o, en menor medida, Ateneo, con frecuencia eran citados como tales dado el contenido de su obra y así también los utiliza Aldrete, para comentar el significado de algunos términos o para recabar información general sobre la lengua latina o para apoyar sus propias teorías. Aldrete, sin embargo, demuestra una profunda formación lingüística al acudir a otros gramáticos, algunos tardíos, y no tan conocidos como los anteriores, como pueden serlo Terenciano Mauro, Nonio Marcelo o Polux y, probablemente, no todos citados directamente de su obra, sino a través de citas indirectas. Cabe destacar asimismo que recurre para cuestiones

muy puntuales, pero siempre necesarias dentro de su línea de argumentación, a autores de diferente condición como Cicerón, Suetonio o Columela.

Hemos de señalar por último que Bernardo José de Aldrete es muy preciso y cuidadoso a la hora de citar a sus fuentes, si bien las ediciones que él utilizó difieren en ocasiones de las actuales y eso queda manifiesto en algunos textos donde se ofrecen otras lecturas e incluso a veces algún error. No hay que olvidar, sin embargo, que es un hombre de su tiempo y, en consecuencia, emplea diferentes modos de citar a los gramáticos, así en ocasiones recurre a citas literales en las que recoge el texto original, en otras se limita a extraerlo y a veces no establece diferencia alguna entre citas directas, indirectas o meras referencias. En cualquier caso, hemos de concluir que, a la vista de los gramáticos utilizados en su obra en apoyo o refuerzo de sus teorías o como simple ilustración de las mismas, queda clara su intención de exhaustividad y precisión teórica.

BIBLIOGRAFÍA

ALDRETE, Bernardo José de (1972, 1975): *Del origen y principio de la lengua castellana ó romance que oi se usa en España*. Ed. facs. y estudio de Lidio Nieto Jiménez, Madrid: CSIC. Clásicos Hispánicos.

— (1993): *Del origen y principio de la lengua castellana ó romance que oi se usa en España*, en Lidio NIETO (ed.), Madrid: Visor.

BRIAN D. Joseph & Rex E. WALLACE, (1992): «Socially Determined Variation in Ancient Rome», *Language Variation and Change* 4: 105-119.

LOPE BLANCH, Juan M. (1980): «Las fuentes americanas del *Tesoro* de Covarrubias», en Evelyn GORDON y Rafael LAPESA (eds.), *Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas* celebrado en Toronto del 22 al 26 de agosto de 1977, Toronto: University of Toronto Press, pp. 467-471.

TOVAR, Saúl A. (1990): *Biografía de la lengua griega. Sus tres mil años de continuidad*, Santiago de Chile: Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos Fotios Malleros.

